

dering through them. Vanderwood's willingness to leave much to mystery and wonder is disappointing and paradoxically distancing. Even so, *Juan Soldado* is a remarkable book. Humane, thoughtful, and moving, it is a book worthy of the contemplation in which Vanderwood himself engages.

**Raymond B. Craib**

*Cornell University*

JAMES E. SANDERS: *Contentious Republicans. Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia*. Durham and London: Duke University Press, 2004.

*Contentious Republicans* constituye una sólida contribución a la ya vasta producción historiográfica sobre la participación política de los sectores populares en América Latina del siglo XIX. Sanders dialoga con sus predecesores y contemporáneos en este campo tan fructífero de la investigación histórica y de la reflexión teórica, ubicándose en una postura intermedia entre los aportes del marxismo cultural de inspiración gramsciana y la escuela de estudios de la subalternidad. Su objetivo es trazar la historia social de la convulsionada política colombiana en las décadas centrales del siglo XIX.

La historia que Sanders presenta puede leerse como la del ascenso, apogeo y caída del republicanismo popular en la región del Cauca (Colombia) entre comienzos de la década de 1850 y mediados de la de 1880. Hacia 1850, la movilización provocada por la guerra entre liberales y conservadores promovió la emergencia de la participación popular en la política colombiana. Mediante el establecimiento de Sociedades Democráticas, los liberales lograron movilizar a los sectores populares rurales y urbanos comprometiéndose a implementar importantes reformas, como la abolición de la esclavitud, la supresión de monopolios impopulares, rebajas de impuestos y una política de provisión de tierras.

La participación de las clases populares en la política se plasmó en lo que Sanders denomina “negociación republicana” (*republican bargaining*). Esta negociación constante entre sectores populares y una elite políticamente dividida reconocía indudables antecedentes coloniales, pero en el marco de la Colombia independiente sus rasgos distintivos habían cambiado: “era menos personalista, más pública, más programática y, lo más importante, republicana”.(3) Desde el ascenso liberal en 1850, la negociación republicana se convirtió en el marco en el que elites y sectores populares entendían la política. Poco después, la Constitución de 1853 otorgaba la ciudadanía ampliada con sufragio masculino universal y organizaba la Guardia Civil en su defensa. El autor insiste en que “el

pueblo creó” esta ampliación de su espacio político por medio de su constante negociación con la elite liberal.

En la región del Cauca el republicanismo popular se encarnó en tres discursos diferentes que se relacionaban íntimamente con las características raciales y de clase (dos términos que el autor emplea profusamente) de los grupos sociales que los formularon. Las tres variantes del discurso republicano popular se manifestaban en las numerosas peticiones elevadas por los sectores populares a las autoridades del estado.

La primera encarnación del discurso republicano popular está en el “liberalismo popular”, tan estudiado recientemente en la historia de México, que Sanders relaciona con los afro-caucanos a quienes el partido Liberal otorgó la libertad definitiva en 1853. Éstos se convierten en los principales apoyos populares del partido Liberal en elecciones y enfrentamientos intestinos a quien consideran el único garante de sus principios más caros, la libertad y la igualdad de derechos. La segunda variante se dio entre los migrantes que ingresaron al Cauca desde Antioquia en busca de tierras, convertidos en pequeños propietarios por acción del estado. Estos campesinos se presentaban como ciudadanos productivos, amantes del orden, laboriosos y defensores de la propiedad, la familia y la religión. Oscilaban entre su apoyo al liberalismo, al que debían su éxito en la obtención de tierras, y al conservadurismo (y finalmente a la Regeneración de fines de la década de 1870) por su interpretación de los derechos ciudadanos que enfatizaba el amor a la libertad (enraizada en la propiedad de la tierra) pero a la vez la defensa del orden. Finalmente el autor identifica un conservadurismo popular de raíz indígena cuyo principal objetivo era preservar los resguardos (tierras de comunidad) de los ataques privatizadores de los liberales, quienes los consideraban una rémora de privilegios especiales reñidos con la igualdad jurídica. Los indígenas deseaban ser ciudadanos de una república que respetara sus tierras originarias y su organización autónoma. Su apoyo al partido Conservador surgía de su respeto a la comunidad, la autoridad patriarcal y la religión.

Un período de guerras, divisiones de la elite y traspasos de lealtades (incluida la de Tomás Cipriano Mosquera, conservador pasado a un liberalismo moderado) marcó la consolidación del partido Liberal en el poder y el avance del liberalismo popular. Entre 1863 y 1875 predominó el liberalismo popular, en lo que Sanders denomina el “triunfo de la democracia”. Pero la participación ampliada de los sectores populares creó descontento en sectores conservadores de la elite y aun en los subalternos que tenían algo que perder como indígenas y pequeños propietarios rurales. En un análisis que recuerda al de Marx sobre el peso negativo del campesinado en las revoluciones de Francia del siglo XIX, Sanders encuentra en este descontento el inicio del fracaso liberal.

A la división del partido Liberal entre radicales y moderados, sucedió una nueva coalición compuesta por estos últimos, algunos conservadores y el activo apoyo de indígenas y pequeños propietarios campesinos. Sanders explica el triunfo de la “Regeneración” de 1879 como el resultado del aislamiento en que quedaron los liberales radicales, que contaban sólo con el apoyo alicaído de los afro-caucanos. La Regeneración apeló a la restauración del orden impuesto por medio de la represión y la exclusión política. Luego de la derrota liberal, la nueva constitución de 1886 restringió los derechos políticos de los sectores populares reimplantando restricciones pecuniarias y de alfabetismo al sufragio.

Los argumentos de Sanders, si bien muy plausibles, ameritan algunos comentarios detallados. El autor se ha esforzado en estudiar las bases sociales de la política, pero la estrecha correlación que encuentra entre clase, raza y tipo de republicanismo parece un poco rígida en un contexto social y político tan fluido como el que presenta la Colombia del siglo XIX. En el plano de las ideas, los historiadores políticos latinoamericanos de los últimos años han insistido, inspirados en la historiografía francesa, en lo que llaman “pedagogía republicana” en el proceso de construcción de ciudadanía. Sanders muestra cómo los liberales lanzaron un ambicioso proyecto de disciplinamiento de los sectores subalternos por medio de la educación que debía convertirlos en ciudadanos, pero los medios particulares y específicos de la apropiación y construcción del discurso republicano popular no aparecen explicados claramente. Y finalmente, el conservadurismo popular indígena que el autor estudia de manera original reconoce situaciones similares a la colombiana en los países andinos que, de haberlas incorporado, habrían enriquecido su análisis.

Al final del libro Sanders propone dos hipótesis fuertes. La primera, de carácter comparativo, enmarca su visión del desarrollo de la democracia en Colombia en una mirada Atlántica: entre 1853 y 1885 Colombia fue más democrática que los Estados Unidos, México y la mayoría de las naciones europeas de la época. La segunda hipótesis sostiene que, lejos de ser una sociedad violenta desde los inicios de su historia independiente, la Colombia del siglo XIX dirimía generalmente sus conflictos internos por vías políticas más que bélicas. La exclusión de los sectores populares de la participación política a fines del siglo XIX provocó la escalada de violencia que ha asolado a ese país hasta nuestros días. La primera hipótesis es más plausible pero parcial; la experiencia colombiana dista de ser única, como quiere Sanders. Su mirada comparativa debería haberse dirigido más al sur, al Río de la Plata, para contrastarla con otra experiencia republicana temprana con ciudadanía ampliada. La segunda hipótesis es más osada y a la vez endeble; al atacar una tesis consagrada de la historiografía colombiana, necesita más elaboración que los pocos párrafos que el autor le dedica.

Estas críticas no pretenden desmerecer el argumento de un libro que constituye un aporte importante a la historia política latinoamericana del siglo XIX.

**Gustavo L. Paz**

*Universidad de Buenos Aires*

TREVOR BURNARD: *Mastery, Tyranny, and Desire: Thomas Thistlewood and His Slaves in the Anglo-Jamaican World*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.

Historians of British Atlantic colonial societies have often puzzled over how immigrant whites made sense of the new social and ecological environment in which they found themselves. In this insightful new study of Jamaican slave society, Trevor Burnard argues that slave-owning whites in Jamaica, bound together by virtue of their skin color, maintained power over their slaves by the application of brutal and tyrannical force. However, white solidarity and terror were never enough to keep slaves “in check.” According to Burnard, what kept whites alive was the slaves’ reluctant acceptance of their masters’ right and ability to force them to do their will.

Historians of Jamaican history as well as of North American colonial era slavery will no doubt be well acquainted with the central source and subject of Burnard’s text. Thomas Thistlewood, born in Lincolnshire, England, but who moved in the early 1750s to Jamaica to achieve his “competency,” kept a detailed diary of over 10,000 pages that historians have mined since its discovery nearly thirty years ago. Were Thistlewood to have remained in England, he would have had few prospects of prosperity or improvement. Seeking to secure his fortune and become a man of property, he immigrated to Jamaica and the western parish of Westmorland, where he became a much sought-after overseer. Through hard work, careful management of his finances, and capitalizing on the acute need for skilled overseers, by the end of his life Thistlewood had acquired an estate named Breadnut Pen (valued at £3,000 at his death in 1786) and achieved a measure of public social standing as a gentleman gardener, justice of the peace, and commissioned officer in the local militia. As Burnard argues, Thistlewood’s economic and social achievements are significant in demonstrating that the prosperity of the mid-century sugar boom in Jamaica was not limited to elite land-holding whites. For those non-landholding white individuals with the right temperament and the tenacity to work hard, Jamaica was indeed “the best poor man’s country” (41).

Central to Burnard’s study of Thistlewood’s experience as a gentleman slave owner in Jamaica is an examination of how whites of all social classes negoti-